

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50, Número suelto 4 rs.

NUM. 221.—SÁBADO 21 DE MAYO DE 1853. MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60. Ultramar y extranjero: Año 90.

CRITICA LITERARIA Y MUSICAL.

Sr. Director del Clamor Público.

Nuestro apreciable amigo el señor Barbieri nos ha dirigido el siguiente artículo, dictado por un generoso y laudable sentimiento de compañerismo, vistos los ataques que se han dirigido en estos días al señor D. Ventura de la Vega, que ha escrito la letra de la aplaudida zarzuela titulada *El marqués de Caravaca*, puesta en música por el señor Barbieri: aunque todos los ingeniosos razonamientos de nuestro amigo no pueden relevar al señor Vega de la responsabilidad que sobre él pesa, desde el momento en que valiéndose de palabras ambiguas, pretende hacer pasar por original lo que cuando menos es imitado, debe convenirse en que el artículo del señor Barbieri contiene oportunas aclaraciones que mejoran un tanto la posición en que se ha colocado con su plagio el señor Vega.

El señor Barbieri tiene el mérito de haber sido la única persona que ha alzado la voz para salvar a su compañero el autor de la letra de *El marqués de Caravaca*, y lo que es más, de haber escrito una defensa muy hábil tratándose de tan mala causa, y un artículo curioso que recomendamos a nuestros lectores. Héle aquí:

Sr. D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.—Mi querido amigo: Con esta fecha remito al *Clamor Público* el siguiente artículo; ruego á V. que lo inserte en *LA ILUSTRACION*, y le deberá un favor mas su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

17 de mayo de 1853.

Muy señor mio: No es mi ánimo que estas líneas sirvan de principio á una polémica literaria, para la que no me siento con los conocimientos indispensables ni con autoridad alguna; solamente los deberes de hombre y de artista me hacen tomar la pluma para estampar algunas observaciones de mi propia cosecha y algunos datos ignorados al parecer por el autor ó autores de los artículos últimamente publicados en su apreciable periódico con motivo de la zarzuela titulada *El Marqués de Caravaca*.

El desagradable giro que últimamente ha tomado la cuestión, me ha decidido mas y mas á redactar estas líneas, por ver no solamente si logro destruir en parte el efecto que en el público ha causado el espíritu de las *FRATERNAS*; sino por si puedo conciliar los extremos que se han tocado, llamando al par la atención sobre puntos que, no me atrevo á decir de mala fé, se han descuidado en perjuicio de la verdad y en menoscabo de la justicia que, en mi concepto, se merece *D. Ventura de la Vega*. La amistad con que me honra este señor, mi agradecimiento á sus favores, y mas que todo la verdad de los hechos, me impulsan, señor director, á rogar á V. que haga uso de su notoria imparcialidad, insertando en su periódico estos renglones, si no por lo que vale su redacción, que es bien poco, por lo que puedan contribuir al esclarecimiento de una cuestión de suyo enojosa, y que, en mi pobre opinion, nunca debia haber tomado semejantes proporciones.

Muy graves cargos se han hecho al señor Vega para probar que su zarzuela titulada *El Marqués de Caravaca* es una traducción *ad litteram*, ó un plagio de la comedia *vaudeville Le nouveau Pourceaugnac*; para esto se ha dicho que

daba gato por liebre, y se han añadido otras muchas expresiones injuriosas á la justa y merecida reputación del autor del *Hombre de mundo*. Examinemos la cuestión:

En primer lugar, ¿una zarzuela es lo mismo que una *comédie-vaudeville*?... Absolutamente no, porque en esta la música juega un papel secundario, insignificante casi, reducido únicamente á coplitas de un corto número de versos, colocadas á la aventura, que suelen cantarse, no con una música hecha *ad hoc*, sino con la de las canciones populares ó la de las óperas, al paso que en la zarzuela las piezas cantables tienen una forma diferente, muchísimo mas desarrollada, y una música escrita espresamente para ellas; para convencerse de esta verdad, y aplicarla al caso presente, bastará tomar en una mano el *Pourceaugnac* y en otra el *Caravaca*, y comparar bajo el aspecto musical estas obras entre sí: en la primera hay *veintitres trozos cantables*, y en la segunda hay *nueve piezas*: todo el cuadro de la introducción del *Caravaca*, cuando pasa el regimiento de caballería, es invención de *señor Vega*; en la comedia de *Scribe* empiezan la acción los oficiales hablando, sentados en derredor de una mesa.

En el *Caravaca*, la escena de los oficiales y la de la salida del Físico y Doña Bruna forman reunidas una gran pieza de música que tiene *ciento treinta y seis versos*; en el *vaudeville* de *Scribe* estas escenas son en su mayor parte *habladas*.

La canción de la criada *«Quién me verá á mí»* creo que nadie podrá decir que es traducción del *aire «Et pourtant papa»*.

En el duo del marqués y la criada, si bien hay el pensamiento de *Scribe*, no existe el desarrollo ni la forma, puesto que lo cantado en el francés son *doce versos*, y en el español son *cincuenta*; lo mismo se puede decir de las escenas siguientes hasta el final, que en el *Caravaca* es un brindis



Mesas giratorias.

militar cantado por el brigadier, el marqués y el coro, y en el *Pourceaugnac* son unas coplitas que cantan todos, terminando con una de *Nina* que se dirige al público.

Ahora bien: el señor Vega ha compuesto unas escenas que en su forma y en su desarrollo daban al músico el campo suficiente para componer piezas de interés musical, escenas propias de la zarzuela, y que están, por decirlo así, prohibidas al género de la *comédie-vaudeville*: ¿podrá esto llamarse *traducción*?... Creo que no: porque atendiendo, como debe atenderse en estos casos, tanto, si no más, a la forma que a la esencia, y probando, como ya lo está, que las condiciones de la zarzuela difieren de las del *vaudeville*; y siendo claro que el señor Vega de una cosa ha hecho otra, que por más semejanza que tenga, no es lo mismo ni con mucho, se deduce la natural consecuencia de que es inexacto que el *Marqués de Caravaca* sea simplemente una traducción de *Le nouveau Pourceaugnac*.

Esto en cuanto a la cuestión musical: respecto a la literaria, aunque esto sea meter mi hoz en mies ajena, haré algunas observaciones de mi propia autoridad.

Cuando se ha dicho que el señor Vega ha traducido *ad litteram* el *Pourceaugnac*, no se ha tenido en cuenta sin duda que la pieza francesa está escrita en prosa y la española en verso; y pregunto yo: ¿es posible traducir en verso un original en prosa, literalmente, según la letra y significación natural de las palabras, sin variación, sin añadir ni quitar nada, puntualmente, sin ampliación ni restricción alguna, (que es lo que significa *ad litteram*)?... Si tal hubiera hecho el señor Vega, creo que en vez de amarga crítica merecía extraordinarios elogios por haber hecho una cosa imposible en literatura; además, ¿cómo podrá decirse que el *Caravaca* es una traducción *litteral*, cuando tiene una primera escena que es original del señor Vega; cuando se introduce a *Doña Bruna* de otra manera que a *Madame Futelet*; cuando se halla una escena entre el Marqués y la criada, modelo de gracia y delicadeza, al paso que la semejante de *Scribe* no tiene sino una infima parte de los equívocos que tanto realzan a aquella; cuando el brigadier en su aparición lo primero que dice es un artículo de la Ordenanza española, perfectamente aplicado y versificado, artículo que no creo rece con los húsares franceses, y que por consecuencia no consta entre lo que dice *Mr. de Verseuil*; cuando los celos del Oficial y del Físico se preparan oportunamente, cosa que no hay en el francés; cuando se suprimen personajes, y se cambian, se españolizan y dibujan cumplidamente los caracteres, de una manera tal y tan acertada que nadie podrá decir que el Marqués, por ejemplo, no es un jerezano; cuando toda la zarzuela se halla salpicada de chistes y alusiones a nuestras costumbres, y más particularmente a la zarzuela *Jugar con fuego* y a los actores que la han representado, alusiones que no son *Scribe*; cuando se localiza la acción de una manera tan magistral; y en resumen, cuando de una *comedia en prosa* se hace una *zarzuela en verso*, cambiando, añadiendo y quitando tanto como puede notarse leyendo las dos piezas y comparándolas entre sí, no creo que haya una razón para decir que la zarzuela sea traducida literalmente: dígame en buen hora que el pensamiento es tomado del francés; pero la sana crítica no podrá nunca llevar con paciencia que se menosprecie un trabajo como el del señor Vega, trabajo que vale en mi concepto mucho más que el de los señores *Scribe* y *Poirson*.

Creo haber probado que de esta zarzuela no puede decirse que es lisa y llanamente una traducción: y ¿qué nombre se le dará?... *original* no puede llamarse, porque el pensamiento de la acción es del autor francés; *refundición* tampoco, porque hasta ahora el uso no ha autorizado la aplicación de esta palabra a casos análogos: pues si no puede llamarse *original* por no serlo esencialmente, ni *traducción* por lo que difiere del original francés, ni *refundición* por la falta de costumbre, ¿cómo resolver esta cuestión?... Oigamos al mismo señor Vega, autor de la obra y académico de la lengua española. En la portada de su libro dice *letra* de D. Ventura de la Vega, y este sustantivo significa, según el Diccionario, *las composiciones, palabras y expresiones que ajustadas a las notas se cantan*: es decir, que el señor Vega, con una *modestia escasa*, no ha dicho que en su obra haya otra cosa que le pertenezca sino las piezas de canto, cuya combinación y composición métrica, cuyas palabras y expresiones tan perfectamente ha sabido disponer, para que el compositor las ajuste a las notas, y los cantantes las ejecuten.

Si el señor Vega no ha estampado a la cabeza de su obra la palabra *original*, ¿qué razón hay para decir que ha dado gafo por liebre?... ¿por qué causa se le tacha de plagari?... No podrá decirse tampoco que ha querido tener en duda al público, siendo como es bien notorio que la misma noche de la primera representación del *Caravaca*, y al concluir su cuadro primero, ya se vendía públicamente por las butacas y pasillos del Teatro la obra impresa tal como se halla en el día. Con tales circunstancias, los críticos, que mejor que nadie saben la significación de las palabras, podrán alegar malicia, pero no ignorancia ni engaño, cuando desde el primer día han tenido a su disposición el libreto LETRA DEL SEÑOR VEGA.

Otro cargo se ha hecho al mismo señor respecto al tanto por ciento que ha pedido por su obra, cargo bien extraño en boca de los que saben que, según el Reglamento de teatros, se autoriza el libre convenio entre autores y empresarios. El señor Vega, al tratar con la *Sociedad del teatro del Circo*, se ha reservado el derecho de tasar sus obras, derecho que tiene legalmente todo autor; pero es de todo punto inexacto que para semejante tasación se haya hablado nunca de obras, ni *original* ni *traducidas*, sino de las obras del señor Vega, quien, dicho sea de paso, se halla colocado en una posición escepcional respecto a la *Sociedad del Circo*, que le debe muy grandes beneficios, y respecto a sus individuos que están ligados a él por los vínculos de la amistad. Ahora solo me resta hacer una dolorosa reflexión.

Es bien triste por cierto que en un país como el nuestro, donde hay tantos y tan esclarecidos literatos, tenga un músico que salir a la defensa de quien con harta justicia ocupa uno de los primeros puestos entre aquellos, cosa por cierto extraña y que arguye cuando menos indolencia de parte de los que cultivan con éxito el delicioso estudio de las letras.

Puedo asegurar a V., señor director, que no me sentía

con fuerzas para dar este paso; pero el prolongado silencio de los que en mi concepto debían hablar en el sentido que yo me ha dado una audacia, que unida a mis razones, supera con mucho a mi competencia en la materia: ¡venturoso yo, si logro llamar la atención siquiera sobre el espíritu de estos renglones, y consigo que hombres más entendidos hagan a D. Ventura de la Vega la justicia que se merece!

Para los que, hasta que dicho señor empezó a escribir en el género lírico dramático, no comprendían las condiciones que debe tener la zarzuela, podrán no tener mérito alguno las obras del señor Vega; mas para los compositores que anteriormente luchaban con la ignorancia musical de los más esclarecidos literatos que cultivaban el género, no es lo mismo: el señor Vega ha hecho un servicio a la literatura y al arte músico, que los mayores tesoros no bastarán a recompensar: al señor Vega le debe su importancia el teatro Lírico Español; porque si no hubiera aparecido el libreto de *Jugar con fuego*, nunca tal vez hubiera salido de su esfera mezquina, ni logrado la consideración de las gentes sensatas: el señor Vega, arrojando la crítica y el sarcasmo de los que decían era degradarse el cultivar este género, porque no le comprendían, se lanzó a él y dijo con su obra: «esto es la zarzuela»; así lo comprendieron los mismos que antes murmuraban, y desde entonces el libreto del señor Vega sirve de patron para la mayor parte de los que se escriben.

Aunque todas las razones espuestas no fueran bastantes a la defensa del señor Vega, bastaría para mí la consideración de que a no ser por el libreto de *Jugar con fuego* no habría tomado la zarzuela el desarrollo artístico y comercial que va tomando; ni vivirían tantas familias como se sostienen al arriomo de ella; ni finalmente, el que escribe estas líneas hubiera tal vez logrado salir de la oscuridad en que yacía; razones todas mas que suficientes para que todo el que tenga sentimientos artísticos y humanitarios, y en particular yo, que nunca olvido un beneficio, salga a la defensa de D. Ventura de la Vega.

Es de V., señor director, con la mayor consideración afectiva y S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

LAS MESAS Y LA SECTA DE LOS ESPIRITUALISTAS.

La Europa entera, decimos mal, el mundo anda completamente trastornado y revuelto de resultados del gran descubrimiento, del estupendo milagro, que consiste en hacer dar vueltas a una mesa. Solo se habla en todas partes de la mesa giratoria... el mismo Galileo metió menos ruido, cuando probó que la tierra se mueve alrededor del sol, que el que hoy llega a nuestros oídos desde los puntos más lejanos: aquí, acullá, en los aristocráticos salones, en las humildes boardillas, en el estudio del pintor, en el gabinete del poeta, en Londres, en París, en Nueva York, en San Petersburgo, en Madrid y hasta en Pekin, se ve a la gente gravemente sentada en torno de las encantadas mesas, contemplándolas como si fueran verdaderos creyentes, de aquellos que, según la ley del Profeta, pasan la vida con la vista fija en un punto del Oriente. ¡Las mesas! Puede asegurarse que han dado el golpe de gracia a los placeres sociales; porque ¿quién osará de hoy más pretender que le sirvan el café en mesa ó en velador, sin esponderse a rodar impulsado por un sacudimiento repentino, producido por la acción de su propio fluido en las fibras del mueble? ¿Quién hará pié en una partida de tresillo, que no tema bailar la polka, cuando precisamente se encuentre con espada, mala y basto? Y no hay remedio: es preciso sufrir sin murmurar el tiránico yugo del magnetismo, y dar de mano a las novelas de los folletines, a los *mágicos absurdos* de la Plazuela del Rey, a los debates periodísticos y a las reformas económicas. ¿Quién, por inmenso, por general que sea su talento, puede jactarse hoy de cautivar la atención pública? Los pueblos no tienen ojos mas que para clavarlos en un fenómeno; los pueblos solo oyen las sorprendentes é increíbles aplicaciones que se hacen del magnetismo animal; los pueblos solo piensan en formar la rueda; los pueblos sueñan con cadenas eléctricas, y permanecen con la boca abierta esperando que giren los palacios, las ciudades, las provincias y los imperios; que el mundo se convierta en un baile universal. ¡La mesa y el sombrero! Hé aquí los poderosos instrumentos de una nueva revolución científica.

Un juego de niños ha reemplazado a las pasiones y a los intereses; los hombres empiezan a desdeñar la gloria y aun la fortuna, por no perder de vista la agitación y los movimientos de la mesa y del sombrero. ¡Atención! La primera ha palpitado bajo la presión de doce manos convulsas... el segundo suspira al sentir el contacto de otros tantos dedos meniques, que tiemblan... el cosquilleo de las palmas se aumenta... se hace insufrible... la mesa va a emprender su veloz carrera... el sombrero se prepara, no sabemos si a desaparecer para siempre. Aquella rasga la nube de la ignorancia; este, semejante a la antigua Pitonisa, lleva en su marcha el destino de la humanidad. Todos se acercan a los afortunados magnetizadores y les preguntan: ¿ha girado la mesa? ¿iba muy despacio el sombrero? Después, recelando verse envueltos por el fluido y tal vez volar involuntariamente, se separan sin aguardar contestación, y huyen despavoridos sin permitir que nadie les toque. A este paso llegará día en que no nos atrevamos a abrazar a la esposa, ni a estrechar la mano del amigo, ni a imprimir en las frentes de nuestros hijos el ósculo paternal; porque... ¡Es tan fácil que el fluido haga una de las suyas y nos precipite en pos del Judío errante! ¿No andan ya las mesas y los sombreros que hasta ahora no se habían movido? ¿Por qué nosotros, que nos movemos continuamente, no hemos de emprender la fuga para nunca más detenernos? La ciencia puede hacerse tan rica de descubrimientos, que nos obligue a serle deudores de la destrucción de la humanidad. Por lo demás, ya tienen los sabios, que todo lo comentan y explican, una autoridad en que apoyarse para no extrañar el fenómeno electro-magnético. ¿No bailaron en otro tiempo las colinas, cual si fuesen rebaños de corderos? ¿*Sicut agni ovium?*

Los ciudadanos de Leipzig y de otras poblaciones de Alemania se divierten bailando alrededor de sus mesas de caoba: verdad es que también sus mesas se entregan cándidamente a la misma diversion.

Pero antes de hablar de este fenómeno singular, sobre el cual ha llamado la atención un informe del doctor Andrés de Breme, inserto hace poco tiempo en la *Gaceta de Augsburgo*, debemos dirigir nuestras miradas a los Estados Unidos, que en esa tierra clásica de todas las ideas razonables y de todas las locuras es donde ha tenido origen la comedia de que hablamos. La América del Norte es verdaderamente un pueblo extraño, pues se compone de elementos que braman de enojarse juntos. No existe en el mundo nación mas activa, mas positiva, mas seria; ni tampoco otra tan crédula, tan superstitiosa ni tan mistica. El americano es un volcán que admite las verdades prácticas, y hace gala del mismo ardor cuando se trata de que adopte las mas absurdas quimeras. En aquel país nacen y se improvisan las religiones con tanta facilidad y rapidez como en Francia los sistemas de gobierno. La secta de los *Mormones*, si no ha desaparecido del todo, es muy vieja, supuesto que cuenta ya veintitres años de vida; y como el pueblo, que siempre tiene en los labios la frase *go-ahead*, quiere incesantemente impresiones y cosas nuevas, resulta que, para satisfacer su imperiosa necesidad, han salido de la tierra, desde la creación del *Mormonismo*, dos ó tres sectas flamantes, entre las cuales debe contarse la de los *Espiritualistas*, que nació en 1849 en Rochester (Estado de Nueva York) junto a la misma cuna que mecía a los *Mormones*.

Los *Espiritualistas* se dan la mano con los *Sacudidores*, con los *Ladadores*, con los *Temblones* y con otros demenciales sujetos a convulsiones, que en los primeros años del presente siglo ocasionaron tantos escándalos en los Estados Unidos. Las fundadoras de la secta fueron dos hermanas, las jóvenes Margarita y Catalina Fox, y Mis Ana Leah Fish, las que se atribuyen la facultad de evocar las almas de los difuntos (de aquí el nombre de *espiritualistas*) que se manifiestan por medio de un *tap, tap, tap*, ó ruido semejante al sonido que se produce cuando se golpea sobre un cuerpo hueco. Los americanos cayeron completamente en el lazo, y las señoritas Fox recorrieron las poblaciones de los Estados Unidos, explotando la credulidad pública y haciéndose de oro: a esto deben la gran ventaja de vivir hoy tranquila y felizmente con el producto de sus rentas.

La primera reunion de los sectarios tuvo lugar el 14 de noviembre de 1849 en *Corinthian Hall*: Margarita y Catalina Fox comparecieron, y habiéndoseles rogado que evocasen los espíritus, estos obedecieron a su llamamiento por medio del *tap, tap, tap*, acostumbrado. Al punto se nombró una comisión que inquirese la naturaleza de aquel ruido misterioso y redactase el correspondiente informe: este se escribió con todo el esmero que reclamaba la importancia del objeto, pero no dió la menor esplicación satisfactoria. ¡Qué mucho! Los redactores pertenecían a la mas fea mitad del género humano, y fué relevado al punto por una comisión compuesta esclusivamente de señoras, que solo contaban sus primaveras por el número de sus inviernos. Las respetables matronas se encerraron con las jóvenes Fox y las sometieron a un examen minucioso y concienzudo, a fin de convencerse de que el ruido *tap, tap, tap*, no procedía de algun mecanismo astutamente oculto. La pesquisa no produjo el mas pequeño resultado; por lo cual se dió por sentado que los espíritus eran seres invisibles, pero reales y corpóreos, y que anunciaban su presencia con un ruido siempre igual.

Esta reunion de *Corinthian Hall* se vió eclipsada en el mes de octubre del año próximo pasado por uno de los fabulosos *meetings*, que solo se celebran en el pueblo *Yankee*. El número de los individuos ascendía a ochocientos, y entre otras medidas que en él se adoptaron, es de notar un decreto que autorizaba el establecimiento de reuniones trimestrales y la fundación de *Comunidades armónicas ó Círculos espirituales*. Cada uno de ellos, que comprendía un número igual de fieles, debía organizarse con arreglo al modelo del cuerpo humano: el presidente se llamaba *Cerebro*; los vicepresidentes *Nariz* y *Boca*, y los secretarios *Ojos* y *Orejas*.

Después de estas importantes disposiciones, aparecieron los oradores. Existe en los Estados Unidos una secta que ha establecido, en vez de tribunas, galerías de una longitud suficiente para que el predicador pueda pasearse por ella a su placer, y entregarse a todas las evoluciones, que a veces arrastran al orador contra su voluntad, en el calor de una improvisación. Un individuo subió a la galería y leyó cierta Memoria sobre un congreso de *Espíritus*, al cual había asistido; otro comunicó a la asamblea una carta que acababa de recibir de los *Espíritus* de Washington, de Franklin y de otros célebres americanos. «Es necesario abolir el matrimonio y la familia», gritó un tercer loco, que sin duda deseaba sancionar la poligamia de los *Mormones*. Una irlandesa, que en caso preciso hubiera podido argumentar con los puños, se levantó para contestar a tan singular proposición, que atacaba los derechos de su sexo, cuando de pronto se oyeron espantosos gritos. Otra muger, agitando, como si perteneciese a la secta de los *Shakers*, ahullaba desde la galería: «¡Ah! Espiritismo vehementes anhelos de aporrear a alguna persona ó cualquiera otra cosa. ¡Escuchad! Voy a referiros lo que he hecho desde la edad de doce años. Haced penitencia, amigos míos, porque se acerca el día terrible.»

Al oír esto, uno de los asistentes, sacudiendo rápidamente la cabeza a derecha é izquierda, empezó a hacer molinetes con los brazos; otro se arrastró por el suelo; este se puso a dar vueltas como una veleta; el otro a escribir las revelaciones celestes, y así todos los demás. Un individuo conservó su razón y sangre fría en medio de tan infernal batahola, y exclamó que debían cesar absurdos tan enormes; pero al momento lo echaron de la asamblea, y poco después levantaron la sesión. Sin duda tenían aquellos maníacos gran necesidad de refrescarse y de descansar.

La sociedad no podía permanecer confinada en los estrechos límites del nuevo mundo: *Mistress Hayden* la ha propagado últimamente en Inglaterra. Esta Pitonisa evoca los espíritus con quienes se desea conversar, mediante la cantidad de cinco guineas. Se sientan varias personas alrededor de una mesa redonda, pues este mueble representa un papel principal en la secta de los *Espiritualistas*. La Sibila pregunta al *Espíritu* si está dispuesto a aparecerse: *tap, tap, tap*, es la respuesta que sale de la mesa, y quiere decir: *aquí estoy*. Entonces entrega la evocadora a la persona que ha de sustener el diálogo con el duende, un papel, que contiene en cuarenta líneas las letras del alfabeto, y en otra separada todos los

números desde *cero* hasta *nueve*. El interlocutor hace una pregunta, y al mismo tiempo va señalando una después de otra, con un punzón, las letras, hasta que se deja oír el *tap, tap, tap*: llegado este, marca la letra indicada, y ella es la respuesta, ó al menos uno de sus elementos, porque se repite la operación hasta que se formen todas las palabras de la frase. Hasta aquí nada nos parece extraordinario, porque nuestros somnómbulos muestran á cada paso mayores prodigios: pero de hemos hablar de una secta americana, que mezcla al ejercicio de la religión esas groseras prácticas de charlatanismo, y sobre todo de la invención siguiente, que es en verdad la más curiosa de todas.

No solo contestan los *Espiritus* á las preguntas que se les dirigen, sino que tienen también la propiedad de hacer bailar á las mesas, á lo cual llaman los americanos *table-mo-bailar* y los alemanes *tischrücken*. Los habitantes de las orillas del Rin han separado el charlatanismo que se oculta en la secta de los *Espiritualistas* de la gran novedad *tischrücken*, fenómeno en el que los *Espiritus* nada tienen que ver. Se han hecho ensayos en Breme, en Leipzig, en Londres, en Viena, en París, en Madrid, en Barcelona etc., etc., y todos han producido satisfactorios resultados.

La operación, si hemos de atenernos á lo que aseguran testigos presenciales, es sencillísima. Se colocan alrededor de una mesa de caoba cinco ó seis personas, en la posición que indica el grabado que acompaña á este artículo y de modo que se toquen sus dedos meñiques. A los veinticinco minutos se desarrolla una corriente magnética, que se comunica de las personas á la mesa: esta empieza entonces á levantarse y á vacilar, al principio con lentitud, hasta que acaba por dar vueltas más ó menos rápidas de izquierda á derecha y dirigiéndose hacia el Norte. *Las personas pueden abandonar sus sillas y volitar con la mesa todo el tiempo que quieran.* Por cierto que es un ejercicio saludable, y particularmente después de comer, para facilitar la digestión. Es circunstancia indispensable que la mesa descansa en un entarimado, porque la alfombra y la estera amortiguan la fuerza magnética: por la misma razón no debe haber sobre ella ningún objeto extraño, aunque cierto testigo asegura haber visto una mesa que daba vueltas con la lámpara solar que tenía encima, y que esta vaciló muchas veces, aunque no llegó á caer, cosa que parece increíble.

Tales son los hechos consignados en los periódicos alemanes: el fenómeno procede al parecer del magnetismo animal.

Pero ¿con arreglo á qué leyes se comunica el fluido misterioso para poner en movimiento cuerpos inanimados? Esto es lo que ahora tratan de profundizar los sabios de Alemania.

Segun las últimas noticias, es indispensable que todas las personas que forman la cadena hayan sido antes magnetizadas, ó que el conductor de la cadena goce de grandes propiedades magnéticas, para que pueda comunicárselas á los demás. Los experimentos se multiplican, y ya no solo dan vueltas las mesas, sino también las sillas, los armarios, los bufetes, los sombreros etc., etc. A pesar de todo, han sobrevinido graves accidentes, dejando á un lado los dolores de cabeza y los ataques de nervios, consecuencias inevitables de estas operaciones. Pueden resultar de ellas también convulsiones epilépticas, y se cita á un joven de diez y seis años cuya vida se halla en peligro por haber repetido muchas veces seguidas los ensayos de la cadena magnética.

Se trata sin embargo de una cosa algo más seria que de presenciar los giros de una mesa y la ondulacion más ó menos precipitada de un sombrero. Hemos comenzado por dudar, con arreglo al precepto de la sabiduría, y aun dudamos de la verdad de esa multitud de relaciones exageradas con las cuales la imaginación, ya que no la supercheria, se ha propuesto mistificar á los incautos; pero nos hemos convencido en vista de hechos de que el fenómeno existe, así como esperamos que la ciencia lo explique descubriendo y determinando su causa.

En los grandes descubrimientos acontece lo mismo que en la formación de los pueblos: su cuna se ve rodeada de tinieblas. Los charlatanes suponen ya que el magnetismo matará al vapor, así como el vapor mató los brazos del hombre industrial. No es posible llevar mas adelante la locura. Segun ellos, se construirán para los ferro-carriles trenes especiales, que reciban el impulso de los mismos viajeros, quienes pagarán sus asientos en fluido; y aun han llegado á calcular que bastan veinte hombres para imprimir una velocidad de cuarenta kilómetros por hora á un tren extraordinario: hé aquí á la huya amenazada por unos cuantos individuos, que reunen sin saberlo la fuerza de cuatrocientos caballos.

El partido más prudente es desconfiar de los que niegan absolutamente el fenómeno, y de los que se burlan de la credulidad pública exagerándolo hasta el absurdo.

¿No se ha esparcido ya la noticia de que existen *mesas parlantes*? ¿No existen realmente hombres mentecatos que preguntan á dichas mesas sus secretos?

REVISTA DE TEATROS.

Mucho han perjudicado á los teatros los experimentos de las mesas giratorias y de los sombreros; á lo menos en los primeros días en que llegó á Madrid la noticia del descubrimiento. No ha habido chico ni grande que no haya consagrado algunos momentos á la prueba magnética; y el que por sus ocupaciones no podía pagar de día un tributo á este nuevo figurín, destinaba las primeras horas de la noche á averiguar por sí mismo si era ó no exacto lo que se decía sobre los efectos de la electricidad.

El que á las ocho y media se encontraba en el café haciendo girar dos sombreros, dejaba pasar fácilmente la hora del teatro; con mucha más facilidad olvidaba también la hora el que descansaba sus manos sobre un velador, apoyando los dedos meñiques sobre otros meñiques femeninos, comunicando así su electricidad á algún corazón frío é indiferente; pero no tan frío, que pudiese resistir á la corriente eléctrica de que era conductor un dedo. ¡Qué papel tan importante han hecho los dedos meñiques en las dos últimas semanas que hemos atravesado! Y no es que queramos negar su importancia á los demás dedos; pero fuerza es confesar que el pobre meñique, tenido hasta ahora por enclenque y casi inútil, ha llegado á conquistarse una posición envidiable.

Las gentes graves que lean este intróito tan poco teatral, lo juzgarán cuando menos inoportuno; pero les rogamos que nos dispensen una digresion que tiene por único objeto disculpar á los que se les han pasado las horas haciendo ensayos, y no asistieron, ó asistieron tarde, á las representaciones de *Alarcon* y *El curioso impertinente*, en los teatros de *VARIEDADES* y *PRINCIPE*.

Dejemos la cuestion del magnetismo á la bien cortada pluma del jefe de mesa encargado del informe mensual sobre los sucesos de la corte. Tal vez consiga hacer una importante aplicación del susodicho descubrimiento, valiéndose de él para dar en tierra con algunas casas, contra la voluntad de sus dueños, y este sería un gran medio de abrir calles y callejuelas hermoseando mas y mas la corte de las Españas.

Cifiamonos pues á nuestro negociado de *ramos especiales*, y hablemos de la única especialidad que corre á nuestro cargo.

Va á terminar el año cómico, y los dos primeros teatros de verso manifiestan hasta los últimos momentos el mismo interés, igual ambicion por ganarse las simpatías del público. El público por su parte no ha dejado de recompensar los esfuerzos de ambas compañías.

Después de la bellísima producción del Sr. Hurtado, *El Médico de Cámara* se ha representado en el coliseo de *Variedades* un drama del Sr. Eguliz, titulado *Alarcon*.

En la obra del ilustrado autor de *Verdades amargas* encontramos primeramente gran desarreglo en el plan, algunas inverosimilitudes de mucho bulto, y á veces una languidez estrepada. Ha sabido sin embargo hacer olvidar con suma habilidad estos defectos, con las bellezas del diálogo y con los grandes pensamientos que tanto abundan en su última producción.

La situación desgarradora en que se encuentra el protagonista, figura noble y grande por sus sentimientos y su talento, ciegamente enamorado y sufriendo al pensar en su deformidad física, da lugar á escenas de sumo interés, llenas de amargura, y de las que el autor ha sacado un gran partido mereciendo justos y repetidos aplausos.

La ejecución fué excelente por parte del Sr. Arjona que desempeñaba el difícil papel de *Alarcon*, y muy buena por la señora Lamadrid y el Sr. Calvo. Tenemos la mayor satisfacción en felicitar al Sr. Eguliz por su último triunfo.

Otros dos jóvenes que han sabido alcanzar un puesto aventajado entre nuestros poetas dramáticos han dado al teatro del Principe un drama titulado *El curioso impertinente*. Empresa de grande empeño han acometido sin duda los Sres. Hurtado y Ayala al poner en acción la novela del inmortal Cervantes. Como obra literaria la creemos de la mayor importancia; las inverosimilitudes de la novela son muchas, y estas mismas se conservan en el drama: en dos actos principalmente hay demasiada languidez; pero en los otros dos se advierte más interés y algunas situaciones de gran efecto. El drama está muy bien escrito: como muestras de la ligereza y facilidad del diálogo, copiamos las siguientes redondillas en que Leonela habla á su señora en favor de Lotario.

LEONELA. Sí, sí señora, porque lo debe tener todo galan de valer que á las damas enamora. Y para hacerlos reír y daros contentamiento, aplicad, señora, el cuento, que os lo voy á referir. Es Lotario agradecido, bueno; eso es por demás; caballero, no lo hay mas; dádívoso, ya es sabido. Como nalie, enamorado; ¿y firme? como una roca; ¿gallardo? decirlo os toca; ¿Pues quién le niega lo honrado? ¿Ilustre?... ¡y de buena ley!... ¿Y teal? tanto, que espanta; ¿Mozo?... la cara lo canta; ¿noble? tanto como un rey. Honesto... como un José, principal... por excelencia; ¿Cuántioso y rico?... Florencia está dando de ello fe. Las SS, todas las tiene; ¿pues y tácito?... es probado no hay un hombre mas callado; ¿Y lo veraz? Le conviene mas que cuanto dicho va. Es la x letra dura que rechaza su dulzura; la y ya dicha se está. Y á prendas de tal valor colma la Zeta, señora; pues es quien tanto os adora Zeloso de vuestro honor. Mirad si el abecedario no llena las letras fiel, y si cuanto dije en él no cuadra bien á Lotario.

Los Sres. Hurtado y Ayala han triunfado de las dificultades con que han tenido que luchar, y fueron con justicia llamados á la escena.

En la ejecución mereció muy justos aplausos el Sr. Romea, consiguiendo igual distinción la señora Palma.

En el teatro de la Cruz se ha representado últimamente una comedia original del estudioso é ilustrado joven Sr. Larrea. Se titula *La ocasión*, y su argumento está reducido á la timidez de un joven enamorado que no tiene bastante valor para declarar su atrevido pensamiento, á pesar de que el objeto de sus ansias procura allanarle el camino.

Tiene esta comedia algunas escenas bastante cómicas, y el diálogo es ligero y escrito con soltura.

El autor fué llamado á la escena. La ejecución mediana. Aun cuando casi todas las compañías deben concluir próximamente sus trabajos, como la asistencia del público á los teatros pende en primer lugar de la temperatura, es

muy probable que algunas sigan hasta fin de junio, en el caso en que el cielo decreta lluvias ó frio.

Mientras llueve ó hiela daremos cuenta de las obras que estan dispuestas en los diferentes teatros.

En el *PRINCIPE* se dispone un drama nuevo original y en verso titulado *En palacio y en la calle*; y otro traducido del francés con el título de *Hortensia*.

En *VARIEDADES* otro drama en cuatro actos titulado *La Aventurera*; y en el *CIRCO* se prepara una zarzuela original del Sr. Garcia Gutierrez puesta en música por el Sr. Arrieta, y titulada *El Corsario*.

PALACIO DE WITTELSBACH EN MUNICH.

Yendo por la calle de Briennes á la plaza de Wittelsbach, donde se encuentra sobre un pedestal de granito al elector Maximiliano I á caballo con la mano estendida en actitud imperiosa, y volviendo la espaciosa plaza de Maximiliano, se ven á la derecha descollar por cima de los olmos y tilos del jardín del palacio de Bayersstorf las antiguas almenas de un magnífico é imponente alcázar.

No hay en este esas formas y colores que distinguen la monótona grandeza de los palacios modernos de estilo florentino. El conjunto y las partes de él hacen recordar los pasados tiempos, y solo la frescura y novedad de su exterior indican que pertenece á la época actual; pues de otro modo se podría creer que este alcázar traía su origen de dinastías anteriores en que los arquitectos tenían presente en sus construcciones la sorprendente grandiosidad y magnificencia de los palacios moriscos de España, ó de una fortaleza como Holyroodhouse en Edimburgo.

Vamos á hacer una ligera descripción de este magnífico alcázar, que hasta ahora es aun único en su clase entre los demás palacios y templos de Munich. La planta de este alcázar forma un cuadrado de 240 pies de largo por 220 de ancho, y el patio interior tiene 94 pies de largo, y casi la misma anchura. La altura del palacio hasta las almenas de las torres y del pabellon es de 110 pies. Cada uno de los cuatro ángulos del alcázar se halla cortado por un torreón octógono, entre los que, y en medio de las fachadas de Este, Sur y Oeste, sobresale un pabellon de la misma altura. El lado del Norte ó espalda de palacio no ofrecia en su alrededor un punto de vista propio, y por eso á esta fachada se la dió una figura más subalterna, sin que por esto perjudique en lo mas mínimo el conjunto. Todo el cimiento del edificio está construido en forma de bóveda, y se halla distribuido en cuevas y sitios para caldereros.

Entrando por la calle de Brinner hacia la puerta principal del alcázar, encontramos un magnífico y elegante pórtico ó vestíbulo en el que se halla la escalera principal que es de madera, pero muy bien tallada al estilo gótico. Este palacio tiene, además otras cinco escaleras accesorias, que proporcionan comunicación para todas partes. En el piso bajo y entresuelo se hallan la cocina, la sumillería, las habitaciones del guarda muebles y demás servidumbre, pieza de villar, sala de armas, y por último al Oeste las habitaciones de los infantes.

En el piso principal estan las habitaciones de la reina Teresa y de dos damas de honor. En el ángulo de la torre entre Norte y Oeste se halla la capilla protestante; después al Oeste se ven varios departamentos, entre ellos el vestuario, el dormitorio, el tocador, la biblioteca y el salon de embajadores.

El piso segundo, ocupado por el rey Luis con su corte y servidumbre, es casi igual al piso principal, encontrándose en el mismo ángulo de la torre la capilla católica, encima de la protestante del primer piso.

El exterior del palacio es muy pintoresco, pues está lleno de ventanas góticas en cuyos intermedios hay pilastras donde es lástima no haya algunos escudos y estatuas. A los dos lados del pórtico principal se ven sobre unos grandes pedestales dos leones colosales ejecutados por el escultor Halbig, y todo el edificio ha sido construido bajo la dirección del arquitecto Vilump que se encargó de ello después de la muerte de Gastner.

El palacio de Wittelsbach se destinó en un principio para residencia del príncipe heredero, entonces rey Maximiliano II, y su esposa Maria; pero á consecuencia de la abdicacion del rey Luis variaron de resolución, eligiéndole este último para morada suya y de su esposa la reina Teresa.

RICO Y POBRE.

(Continuacion.)

Sus maneras además eran sumamente distinguidas, pues acostumbrado á la política de los salones, conservaba su tradición en los tribunales. Era imposible rechazar con mayor habilidad una injuria ó devolver un cumplimiento; imposible descubrir con mas acierto las junturas de una precacion oratoria, para deslizarse entre ellas una insinuacion; imposible suavizar con tanto tino un sarcasmo para dirigirlo á su adversario. Nadie abogaba contra la calumnia en estilo tan florido, y en cuanto á esas deslealtades tradicionales del foro, sin las cuales no puede medrar un juriconsulto, el trato social habia familiarizado á Boissard con ellas. Sin que pudiese acusarse de abrigar un carácter falso, sabia emplear los útiles rodeos y disfraces que el uso autoriza: aceptó por consiguiente la costumbre de la mentira, como un hombre bien educado que sabe contemporizar con las exigencias sociales.

Debemos añadir que su posición en el mundo le habia servido desde los primeros pasos, facilitando sus triunfos. Mereció á las relaciones de su familia, habia hecho utilísimos conócimientos. Su tia le habia presentado al procurador general, quien habia tenido la bondad de invitarle á sus reuniones: el primer presidente, que era padre de tres hijas muy feas, y que conocia la fortuna de Boissard, le habia devuelto la visita, y los principales consejeros del tribunal se habian manifestado tan amigos suyos, que aun en la calle le saludaban cordialmente con la mano. En cuanto á los abogados, sus consocios, los convidó á una espléndida comida que duró cinco horas y brindó en su compañía por los nueve códigos con nueve vinos diferentes. Todos se separaron de él entusiasmados; pero antes dos abogados de los de mayor crédito le estrecharon la mano ofreciéndole negocios.

En efecto, al día siguiente recibió varios legajos para que los repasase.



La madre de Antonio Larry.

Antonio había sido menos afortunado, pues á nadie conocía por sí mismo, y careciendo de parientes que pudiesen facilitarle relaciones, se encontró desde el principio sin estímulo y sin apoyo. Hizo, es verdad, las acostumbradas visitas á los individuos del tribunal y del foro; algunos abogados le pasaron tarjeta, correspondiendo á su urbanidad; pero no pasaron de aquí. Los que una vez habían atravesado la tiendecilla de la madre Larry, para entrar en la habitación oscura y destaralada del jóven, juzgaron que el trato con este le era inútil, y no volvieron. Sin recomendación, sin introductores, Antonio había permanecido ignorado y no tuvo ocasion de hacerse notar. Se le había nombrado dos ó tres veces defensor de oficio; pero las causas que le habían tocado en suerte fueron de poca importancia, ó su defensa imposible. Los *crímenes complicados ó célebres* se reservaban para los favorecidos, en cuyo número figuraba Boissard.

En vano había esperado Antonio de la casualidad una ocasion favorable: el tiempo trascurría, y la madre Larry empezaba á quejarse de que su hijo, en cuyos estudios se había gastado tanto, y que tantas cosas había aprendido, fuese para ella una carga, á pesar de tener ventitres años, al paso que los hijos de sus vecinas, aunque apenas sabían leer, mantenían á sus familias hacia muchos años.

La buena muger no conocía que la culpa no era de Antonio, sino suya propia, que había aceptado para él una instrucción elevada, sin saber si podría sacar partido de ella.



Arturo Boissard y Antonio Larry.

Como toda persona limitada, solo miraba el resultado y muchas veces decía á Larry:

- ¿Cuándo te servirá para algo el ser abogado?
- ¿Cuándo ganarás?
- Cuando quieras ocuparme, madre mia, respondía el jóven tristemente.
- Ya: pero es preciso que tú lo procures; se necesita buscar, pedir, y...
- ¿En dónde buscar? ¿A quien pedir? A nadie conozco.
- ¿Qué hacen otros para ganar tanto dinero?
- Tienen relaciones y amigos.
- Pues bien; tú debes tenerlos tambien.
- ¿Y cómo?
- ¡Cómo! ¡Cómo, Dios mio! exclamaba la madre Larry con impaciencia: ya te lo he dicho; como los demás.

Antonio se encojía de hombros suspirando, porque no podía sacar á su madre de un círculo vicioso. Pero estas luchas le hacian intolerable la vida; pesábase su inutilidad, y comía con furor reconcentrado aquel pan que ganaba su madre y tanto le echaba en cara. Colocado, como los precitos del Dante, en uno de los últimos círculos del infierno humano, miraba sin cesar con desesperacion hacia los círculos superiores, á los cuales no podía subir. Se indignaba contra la sociedad, al ver que el pobre, emparedado en su miseria, no encontraba salida y se preguntaba por qué los hombres se habían reunido en naciones, si cada miembro de la grande asociacion no tenia derecho á una parte del bienestar general, y si permanecia aislado y sin auxilios contra el hambre, como el salvaje solitario de los grandes lagos. Después, dirigiendo la vista á su alrededor, se comparaba con otros, cuya medianía había realizado una dichosa casualidad, protestaba contra esta injusta sentencia de la suerte, y miraba con hastío esa en su concepto odiosa mascarada, á la cual se da el nombre de orden social.

Su imaginacion inactiva, presa de tantos sufrimientos, envenenaba su carácter. No tardó en estudiar metafísicamente sus disgustos y á formar con ellos una especie de teoría de la vida. Resolvió mirar aquella situacion penosa como una necesidad, y someterse á ella, semejante á los mártires que, arrodillados en el circo y con los brazos en cruz, esperaban la muerte. Pero sucedía con aquella resolucion sistemática lo que sucede con todas las teorías: á cada nueva contradiccion, á cada nuevo dolor, desaparecia para dejar el puesto á la cólera ó á la melancolia.

Así se gastaba la vida de Antonio dividida entre la calma del abatimiento y la fiebre de la indignacion. Hallábase por desgracia en una edad en que se desarrolla con fatal facilidad esa peligrosa monomanía de la soledad (triste síntoma de un alma enferma de vanidad ó de envidia) que nos arroja fuera de la vida y nos convierte en unos seres inútiles. Al verse tan débil y al considerar tan fuerte al mundo contra el cual tenia que combatir, quiso mas bien aceptar desdeñosamente una sentencia injusta y encerrarse en su aislamiento como un hombre desconocido. Esta fué en él una gran falta. Pero Antonio, bastante fuerte para aprovecharse de una posicion, tal vez no lo era bastante para conquistarla. Si hubiese nacido en otra clase, hubiera podido llegar á los primeros puestos, porque sus facultades eran sanas y elevadas; pero arrojado por la casualidad entre los últimos escalones de la humanidad, le era preciso levantar un mundo para poder colocar su cabeza al nivel de los pies de los demás, y las fuerzas le faltaban para semejante intento. En una sociedad dispuesta á ofrecer á cada hombre su camino propio, no con arreglo á los caprichos del nacimiento, sino á los impulsos de la vocacion, Antonio hubiera sido útil y aun célebre, porque necesitaba que le tendiesen una mano para subir, so pena de permanecer siempre confundido entre la multitud.

La especie de misantropía que se había apoderado de él redujo aun el número de sus conocimientos, ya muy limitado. Cesó de ver á los pocos amigos que había conservado, y el mismo Arturo fué comprendido en este número. Las visitas de Antonio á la señora de Boissard y á su hijo se hicieron menos frecuentes; quejóse por ello la viuda, y Larry fué tenido por ingrato en concepto de todos.

Dos años trascurrieron de este modo sin el menor cambio favorable para Antonio; al fin, la casualidad pareció secundar sus deseos; nombrado para defender á una presunta rea, cuya causa debía verse en breve, estudió con cuidado la causa, conferencia con la prevenida, y volvió á su casa con la cabeza hecha un volcan. Había encontrado por fin una causa proporcionada á sus fuerzas, y podía manifestar lo que era.

El negocio era sencillo en apariencia, pues solo se trataba de un robo de algunas varas de tela; pero las circunstancias suplian, por su interés, á la gravedad de que carecia la causa.

La acusada era una de esas miserables criaturas, nacidas en la mendicidad, é hija de una muger enferma y de un ciego. Había perdido á su madre cuando solo tenia cinco años, y acto continuo comenzó á guiar los pasos de su padre por las aldeas. Así creció entre el viento y la lluvia, salmodiando oraciones latinas que no entendía, y estendiendo la mano á todos los transeuntes y llamando á todas las puertas. Cuando murió su padre, tenia diez y seis años y continuó mendigando durante algun tiempo; pero como las limosnas eran escasas, se dejó seducir, quedó embarazada, y parió de noche un niño muerto en el pórtico de una iglesia. Este suceso la obligó á abandonar el distrito en que vivía: por lo pronto la recibieron de criada en una granja; pero Perrina era estúpida é indolente, y su amo se vió obligado á despedirla. Entonces comenzó para ella una serie de padecimientos inauditos. Fué presa por vagamunda, estuvo encerrada algun tiempo, y al fin la dejaron libre. Sin recursos para vivir, determinó robar; pero



El abogado Pillet.

era demasiado torpe para ocultar por largo espacio sus hurtos: la habían cojido y castigado. Después que salió de la cárcel, volvió á su existencia errante, y por resultado de las mismas causas, un nuevo robo, acompañado de circunstancias agravantes, la condujo ante el tribunal de Rennes.

No podía negarse el delito, porque Perrina lo había confesado. Así que, Antonio no trató de discutir las pruebas ni de defender la inocencia de la mendiga; pero le pareció que había medios de salvarla, narrando su vida entera é interpellando á la conciencia de los jurados. Animóse en presencia del cuadro de una pobre niña que había crecido sin que nadie se compadeciese de su cuerpo ni de su alma; que se había embrutecido en la miseria, y que, viciosa sin quererlo ni saberlo, se había prostituido y había robado, porque el robo y la prostitucion eran los únicos medios de vivir para ella. Debía en consecuencia preguntar por qué la sociedad se acordaba repentinamente de aquella desgraciada para castigarla, supuesto que nunca la tuvo presente para socorrerla. Si aquella niña no debía vivir, ¿por qué no la mataron al nacer? Si tenía ese derecho ¿por qué se le habían negado los medios de sostener su existencia? ¿A qué debía el ser lo que era? A su nacimiento y á su educacion. El robo no debía ser un crimen en su pensamiento, sino la manifestacion natural del instinto que conduce á todos los seres á procurar su conservacion. Aislada en el mundo, obró como obraría un salvaje sin tribu y sin familia. Había turbado indudablemente el orden estable



Randel.

cido; pero este órd- den era injusto y cruel con ella, y condenarla equiva- lia á asociarse á esta crueldad y á esta injusticia.

Antonio espera- ha mucho de esta argumentacion que le parecia ir- resistible, regoci- jándose porque la causa se apoyaba precisamente en elevadas cuestio- nes de alta mora- lidad y de derecho natural.

Antonio se diri- gió al tribunal el día designado para los debates: su ca- beza ardia y su co- razon palpitaba. Lo primero que le ad- miró fué saber que el tribunal se habia reunido en el salon grande, y que las tribunas se halla- ban ocupadas por señoras.

Estos preparati- vos no podian ha- berse hecho para la causa que iba á de- fender, y no sabia á qué atribuirlos, cuando Arturo se le acercó en el ban- co de los abogados con varios papeles debajo del brazo.

Los dos jóvenes se saludaron, y Boissard alargó la mano á Antonio.

—¿Tambien tienes hoy tarea? le preguntó este.

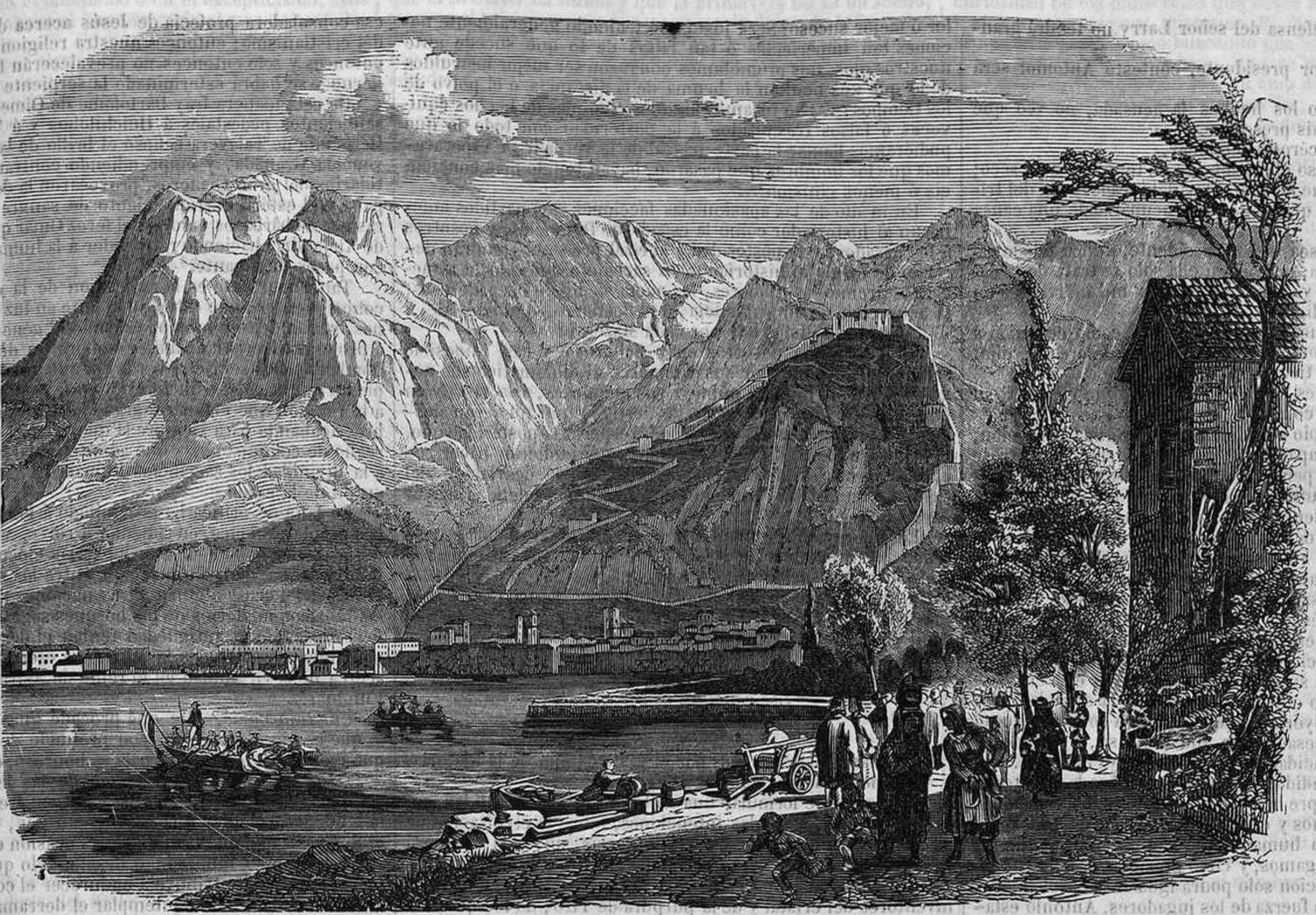
—Sí; despues que acabes tú.

—¿A quien defiendes?

—A Lormier.

—¿El comerciante acusado de quiebra fraudulenta?

—El mismo: es una causa magnifica. Mira cuánta gente... hasta señoras... ¿Ves en aquella tribuna, hácia la derecha, un



Comarca de Cattaro.

sombrero con plumas? Es la muger del prefecto... hija de Pa- ris... muger encantadora. En su casa nos divertimos todos los jueves á juegos de prendas.

—¿Y esperas salvar á tu cliente?

—Sin la menor duda, porque faltan pruebas. Además, los jueces se mirarán mucho antes de condenar á un hombre que pertenece á una de las familias mas ricas del departamento.

En todo caso, si le sentencian, estoy seguro de que se admitirá el recurso de apelacion. El ugiar avisó que la audiencia estaba abierta; pero trascurrió algun tiempo antes de que se restableciese el silencio. La multitud, noticiosa de que no se trataba todavia del negocio de Lormier, manifestaba su impaciencia. Unos espectadores entraban; salian otros; resultando de aquí una confusion y un ruido, que no dejaban oír la lectura del acta de acusacion. En vano se irritaba Antonio; el ruido proseguia con escasas interrupciones. El jurado y el tribunal parecian tambien distraidos, y todo revelaba que esperaban la causa mas importante que debia verse aquel día.

Comenzaron, no obstante, los debates; la prevenida confesión de nuevo su crimen, y en seguida tomó la palabra el abogado general: conten- tóse con resumir en pocas frases el acta de acusacion, lanzó con desdenosa indiferencia algunas injurias á la desgraciada que se hallaba en el banco de los acusados, y se sentó.

Antonio, pálido por su emocion, pero resuelto, se levantó al punto. Al observar las muchas notas que el abogado habia estendido, le dijo el presidente con inquietud:



Noé y su familia al volver la paloma.

En todo caso, si le sentencian, estoy seguro de que se admitirá el recurso de apelacion. El ugiar avisó que la audiencia estaba abierta; pero trascurrió algun tiempo antes de que se restableciese el silencio. La multitud, noticiosa de que no se trataba todavia del negocio de Lormier, manifestaba su impaciencia. Unos espectadores entraban; salian otros; resultando de aquí una confusion y un ruido, que no dejaban oír la lectura del acta de acusacion. En vano se irritaba Antonio; el ruido proseguia con escasas interrupciones. El jurado y el tribunal parecian tambien distraidos, y todo revelaba que esperaban la causa mas importante que debia verse aquel día. Comenzaron, no obstante, los debates; la prevenida confesión de nuevo su crimen, y en seguida tomó la palabra el abogado general: conten- tóse con resumir en pocas frases el acta de acusacion, lanzó con desdenosa indiferencia algunas injurias á la desgraciada que se hallaba en el banco de los acusados, y se sentó. Antonio, pálido por su emocion, pero resuelto, se levantó al punto. Al observar las muchas notas que el abogado habia estendido, le dijo el presidente con inquietud:

Presumo que la defensa del señor Larry no tendrá grandes proporciones...

Al contrario, señor presidente, contestó Antonio: será larga y detallada.

Habiendo aceptado los hechos la acusada, no veo qué medios de defensa podáis presentar...

—Voy á procurar haceroslos conocer.

—Hablad pues, repuso el presidente en tono bastante seco; pensad sin embargo que los instantes del jurado y los del tribunal son preciosos, y que tienen que ocuparse de una causa importante.

—Por mucho que lo sea, señor presidente, nunca puede existir el interés que esta; porque en ella solo se trata de la defensa de un hombre, y yo defendiendo á mil y mil individuos en la persona de esa mendiga.

El presidente se encojó de hombros, y como cediendo á la obstinacion de un hombre constituido en su derecho, dijo:

—El abogado Larry tiene la palabra.

Volviéndose despues hácia el consejero que estaba á su lado, se puso á hablar con él en voz baja.

Antonio dió principio á la defensa con alguna turbacion; pero no tardó en desaparecer todo á su vista: encontrése frente á frente con su pensamiento, y lo desarrolló con austeridad elocuente. La multitud, antes distraida, escuchó con atencion. Aunque el lenguaje del joven abogado carecia de esos lugares comunes del foro, que hablan á la grosera sensibilidad de las masas; aunque su defensa era demasiado elevada é independiente para que fuese comprendida, cesó el ruido de todas las conversaciones, y el público empezó á manifestar señales de interés.

Animado por el silencio restablecido del todo, se entregó Larry á toda su exaltacion. En aquella causa miserable que defendia habia algo de su propia causa, y acaso esta circunstancia habia exagerado en él las ofensas de la sociedad para con su cliente. Con mayor serenidad, hubiera conocido que el mundo es demasiado pesado para andar aprisa, y que desde la esclavitud é la mendicidad, el progreso era ya inmenso. Hubiera tambien comprendido que la desigualdad es la ley eterna de los seres; que siempre habrá ricos y pobres, así como felices y desgraciados, sanos y enfermos; que esta es una regla injusta, segun el juicio humano, pero inmutable, y que en la partida que todos jugamos, y cuyo precio es la felicidad, la mas adelantada civilizacion solo podrá igualar las probabilidades del juego, pero no la fuerza de los jugadores. Antonio estaba demasiado interesado en la cuestion para dejar de manifestarse parcial, y la sociedad estaba demasiado viciada para que no la acusase. Sus palabras fueron severas, crueles, y se mostró audaz é indignado.

(Continuará.)

COMARCA DE CATTARO.

Cattaro es una ciudad episcopal de Dalmacia, situada sobre un golfo del mismo nombre. Esta poblacion, que por lo desfavorable de su posición topográfica y por la falta absoluta de recursos para poder comerciar vivia en la mayor pobreza y necesidad, concibió hace años en tiempo del gobierno provisional de Venecia el proyecto de unirse á ella reconociendo esta república, pero quedando la comarca de Cattaro independiente y libre de contribuciones é impuestos en favor de Venecia. Para esto se pusieron de acuerdo los habitantes, y exigieron un gobierno propio, desentendiéndose de los lazos que la unian con el Austria y que de ningun modo se habian interrumpido. Cuando Venecia cayó en poder de las tropas imperiales, tambien Cattaro debia naturalmente volver á sus antiguas relaciones con el Austria. Sin embargo, no podia esto agradar mucho á Cattaro, porque ya habia hecho frecuentes reclamaciones contra los impuestos algo pesados y la dominacion harta dura de las autoridades, apoyándose en lo dispuesto por el gobierno de Dalmacia; pero tuvieron que sucumbir ante la fuerza, y en el día se encuentran sujetos al imperio austriaco.

DE LA CRITICA EN GENERAL.

Refiérense todas nuestras creencias á juicios de cuya verdad estamos seguros por nosotros mismos, y sin que tengamos necesidad del testimonio de otro, ó á juicios que no creemos sino apoyándonos en lo que nos dicen nuestros semejantes.

La gran fuente de nuestros errores no está en los conocimientos personales; está en la fé que prestamos al testimonio ajeno.

Segun un célebre historiador, de mil partes de nuestros conocimientos, veinte son adquiridas por nosotros, y las restantes débemos á los demás. Preciso es pues saber discernir lo mas digno de fé, estudiar detenidamente los hechos, compararlos, y unir los antecedentes á las consecuencias para no avanzar en el camino del error. Sin el detenido, sin el concienzudo exámen, sin la imparcial aplicacion de la critica en la adquisicion de los conocimientos, nuestro espíritu no seria mas que un confuso abismo de preocupaciones y de errores; todas esas admirables facultades con que el creador dotó á la mejor de sus hechuras, y que le han dado el primer lugar en la escala de los seres naturales, armas de suicidio, se convertirian en su daño, y la entidad racional entonces seria el mas desgraciado, el último de los seres.

Si el hombre no se dejara arrastrar de la fé en el testimonio de sus semejantes; si antes de creer, meditase á la luz de la razon, no adquiriria tan falsas apreciaciones en los hechos, tan mentidas analogías y desemejanzas en las cosas.

Preciso seria para ello que el que lee una historia, oye una tradicion, estudia una medalla, ó aparta el musgo de una lápida funeral, meditase antes de dar fé á lo que lee, oye ó advina, en las creencias y en los intereses del autor, en los tiempos y en las circunstancias bajo las cuales escribió su historia, se acuñó la medalla, se cinceló la lápida, las circunstancias generales y especiales de la tradicion.

¿Será racional que teniendo nosotros tanta insuficiencia orgánica para alcanzar en los hechos la exacta verdad, divinidad velada que huye de los mortales con rápido paso, y tocando al emprender su difícil via tantos escollos, será racional, repito, que demandemos á otro mas diligencia, mas va-

lor ó mejor suceso? Será justo que teniendo generalmente nociones tan imperfectas ó tan falsas de lo que sucede ante nuestros ojos, nos prometamos con razon ser mejor instruidos de lo que nos ocultan la bruma de la distancia ó el polvo de los tiempos?... ¿No tocamos algunos ejemplos de hechos equívocos ó falsos transmitidos á la posteridad con todo lo que pudiéramos llamar la parte teatral de la verdad? ¿Y esperaremos que los hombres que pasaron, hayan tenido mas conciencia ó menos cinismo?...

En medio de las apasionadas facciones, los partidos amenazan al historiador como la espada de Damocles, y nosotros á los pasados, y la posteridad á la edad presente ¿tendrán derecho de exigir al historiador un sacrificio que solo le atraeria por premio los rencores, las enemistades de los poderosos, la acusacion de imprudencia, ó el destierro, ó el cadalso!...

¿Cuántos Filistos hay por cada Mazerai?

Y conociendo nosotros cuán peligroso y casi imposible seria al general escribir sus campañas, al diplomático sus negociaciones, al hombre público sus memorias, á la vista y en presencia de los actores y de los testigos que pudieran desmentirle, ¿comprenderemos si podrá esperar la posteridad que, muertos ya los testigos y los actores que pudieran hacer reclamaciones, la impudencia, asentada en la desviacion del tiempo y en la falta de memoria, le narre con fidelidad mayor la exacta verdad?

La informacion supuesta y la severa imparcialidad atribuida á los que vendrán, ¿serán otra cosa mas que un consuelo de la inocencia perseguida, ó una adulacion al oro ó al miedo? Pues qué ¿la posteridad frecuentemente escucha otra cosa mas que la voz del fuerte, que vence, y ahoga las quejas del débil que sucumbe? Que...

.....en casos tales
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales!!

Tiéndanse si no los ojos por el vasto campo de la historia. Veamos la de Cartago.

¡Oh! antes de formular una síntesis sobre la moralidad, sobre el carácter, sobre las intenciones, sobre la civilizacion de ese infortunado pueblo, os preguntareis sin duda si estará fiel y desapasionadamente retratado por los escritores romanos; si seria tal como estos nos le pintan el carácter de los inventores del cristal y de la púrpura de Tiro; de los que con sus inmensas caravanas recorrían el centro del Asia y de la Arabia, penetrando hasta el interior del Africa; de los que sin cesar aumentaban los límites del mundo entonces conocido; de los fundadores de Panormia y Lelibeá, de Utica y de Leptis, de Gades, de Carteya y de Tartessus; de ese pueblo del cual Hércules el guerrero, el navegante, el traficante, el colonizador, no es mas que un mytho, una bella alegoría poética...!!

¡Ah! no: respondereis sin duda entre las vacilaciones de vuestro espíritu, en manera alguna: la nacion que llegó á tan elevada altura, no debió carecer de grandes y heroicas virtudes. La *fides punica* no es pues otra cosa que una calumnia romana.

Y siendo esto una verdad inatacable, ¿qué seria de los que leen las acaloradas historias de los escritores latinos, al tratar de la gente fenicia, si la critica no los introdujera á la vez en el senado de Roma para hacerles oír la sana relacion de Caton y contemplar á los senadores alzándose de sus sillas curules con rencoroso odio y exclamando: *Delenda est Carthago?*

¿Qué es la historia de nuestra dominacion americana bajo la pluma de casi todos los escritores extranjeros?

¿Qué son gran copia de las que generalmente acatamos como verdades inconcusas...!!

No por ello deberemos negar lo que no hayamos visto ó carezca de exactitud matemática: la mas bella mision de la critica es el descubrimiento de la verdad; á su paso tropieza con los errores; pero no es su principal objeto el de buscarlos.

Ni debemos hacer sistemáticamente de Saturno un hombre, ni de Camilo una alegoría: el exámen nos ha de llevar á la verdad; pero nos engañamos si creemos que nos conduce al pirronismo. No neguemos la existencia de Sirio, porque se sumerge en la profundidad de los cielos como dice un elegante y concienzudo historiador: jamás olvidemos que usando de la critica se llega á la verdad, y abusando de ella al escepticismo ó á la creencia de todo lo que se nos presenta con las formas de lo maravilloso, esos dos peligrosos y tristes extremos en que toca el que imagina que la inteligencia es una sonda que llega al remate de todos los abismos: si la historia, segun Ciceron, es la *maestra de la vida*, la historia sin la critica es una divinidad ciega que solo nos conduce al error.

Por medio del exámen concienzudo é imparcial nos libraremos al cabo de esos errores transmitidos de unos en otros, y que parecen como padecimientos, como entidades parásitas de la inteligencia que el hombre hereda de sus padres con la generacion.

Si aplicáramos las reglas de una sana critica á nuestros conocimientos adquiridos por medio de nuestros semejantes, ó como dice un filósofo, á nuestra ignorancia adquirida, no caeríamos en ciertos abismos.

No apeláramos entonces al duelo, á esa preocupacion bárbara, para decidir una insignificante querrela de palabras; no tendríamos tan equivocadas nociones del honor; no aceptaríamos esa lucha sacrilega é impía del hermano con el hermano, sin odio, sin rencor; del calumniador con el calumniado, en que de una parte está las mas de las veces la impericia, y de la otra el hábito de la lucha, el arte de manejar el acero ó de dirigir con ojo seguro el plomo al corazón del contrario.

No acudiríamos en ciertas circunstancias extremas al suicidio como á la panacea de nuestros dolores. Esperaríamos con filosófica resignacion en las mudanzas de la varia fortuna; tendríamos fé en esa otra existencia de reparacion completa que principia tras el polvo de la muerte, cuya cuna es el ataúd!!

Si el moslem, si el adorador de Manitú, si el que sacrifica á los dioses meditara en la verdad de las religiones, aceptaria la nuestra. Cuando los hombres estudien con calma las varias creencias que profesan; cuando apliquen á sus encontrados dogmas los preceptos de la sana critica, se cumplirá

esa consoladora profecía de Jesús acerca de la universalidad del cristianismo; entonces nuestra religion será cosmopolita: entonces y solo entonces no prevalecerán las puertas del infierno y se habrá esterminado la serpiente bíblica.

De esta manera fray Bartolomé de Olmedo derribó de sus sangrientos pedestales á Huichilobos y á Tezcatépuca; fray Hernando de Talavera eclipsó el brillo de la media luna en la tidarios del gran Cisneros, provocaron la despoblacion de España y el estéril derramamiento de sangre; y deándose á rastrear de bárbaros errores, el feroz Omar quemó la biblioteca de Alejandria haciendo retroceder á la humanidad en sus vias con pasos de gigante.

Tan importante es la aplicacion de la critica á nuestros conocimientos, que estudiando ante su luz las varias religiones, segun dejo apuntado, es como el género humano llegará á profesar el cristianismo, y vendrá un día en que para los hombres todos será una verdad el milagro de la resurreccion, la piedra angular del edificio cristiano, y en que acatarán todos á la religion que alzó su sagrado lábaro contra la servidumbre; acabando para siempre la que erigió como dogma el derecho de conquista, las que admiten cual agradables ofensas á la divinidad los sacrificios humanos, y todos los extravíos en fin de la razon.

La falta de critica ha precipitado á los hombres en estramborosas preocupaciones, en ridiculos errores. A propósito, quisieramos poder copiar en este lugar las elocuentes palabras de Buffon acerca de la infibulacion entre los etíopes, los habitantes del Perú y algunas otras naciones de Asia; describiendo los líbricos misterios de los bosques sagrados, donde los félicios dioses de la antigüedad tenían el derecho de primacia, poniendo por antítesis las extrañas creencias y costumbres acerca de la virginidad en el reino de Astracan, y en las islas Filipinas...

Cur tam variè? ¿De qué procede que aqui es apetecido lo que es mirado mas allá con profundo desden? ¿por qué lo que en una nacion, en un país es honroso, en otro afronta?

¿Qué es de la interpretacion de las leyes sin una sana critica? ¿Absolveremos al que casó con tres mujeres porque la ley habló solo del que casaba con dos, segun nos cuenta el S. Lardizabal que hizo en cierta ocasion el jurado inglés?

Por haberse ignorado ó desatendido que el rigor de las penas tan solo contribuye á endurecer el corazón de los hombres con el hábito de contemplar el derramamiento de sangre ó á conducirlos á la impunidad, y por lo mismo que es estéril, nos ha trasmitido la historia muchas páginas cubiertas de horror y de sangre.

¿Qué cuadro tan lastimoso, horrendo y abominable no puede bosquejarse de castigos que se han ejecutado, y aun ejecutan en muchas regiones del globo. Yo veo á los egipcios cortar un cuerpo con sierras, pulverizarlo con carnos cubiertos ó forrados en hierro, hacerle pedazos con machas ó cuchillos, arrojarle en hornos de ladrillo, echar al reo en calderas de licor hirviendo, derramar en su boca plomo derretido, precipitarle en un río, ó sofocarle en la ceniza, y aun valerse algunas veces de los animales para hacer perecer á los hombres; veo que en Persia se tomaban dos artesas del todo semejantes, y despues de haber tendido al delincuente en una de ellas, se colocaba la otra por encima, de manera que quedase cojido todo el cuerpo, á escepcion de la cabeza, manos y piés; que en tan lastimoso estado recibia un alimento que no podia rehusar sin que al momento se le sacasen los ojos; que tambien se le hacia beber leche mezclada con miel, ó que mas bien se le derramaba sobre la cara; que se ponía despues al sol para que acudiesen las moscas á cubrir y á atormentar su rostro; y en fin, que precisado á satisfacer en tal situacion todas las necesidades naturales, la podredumbre consumia insensiblemente sus entrañas, y quitando la artesa superior despues de haber espirado, se hallaba siempre al cadáver roído por los insectos que habia hecho nacer la putrefaccion: veo que en Inglaterra, al reo de estado se le suspendia vivo de un rollo, donde se le arrancaban el corazón y las entrañas para azotar con ellas sus mejillas, y que despues el verdugo con su mano ensangrentada las mostraba al público diciendo: *he aquí el corazón del traidor*. veo que en Francia uno de sus soberanos, ó por mejor decir, uno de sus mayores monstruos, hacia cayesen sus víctimas sobre un cigonal, de donde volvían á caer sobre ruedas herizadas de puntas y coronadas de navajas, teniendo la complacencia de ser testigo de los tormentos y rabia de los que habia condenado: veo en la China asegurar el verdugo á un poste el delincuente, desmeollar su cabeza, arrancarle la piel con violencia, y echarla sobre sus ojos, sajar ó picar todas las partes del cuerpo, y despues de haberse cansado en este bárbaro ejercicio, abandonarle á la crueldad del populacho y de los espectadores: veo en el Japon... pero estrechado mi corazón al referir tantos horrores, no me es posible continuarlos, y me siento impelido á arrojar la pluma de mi mano trémula (1).»

La ley, sin estar meditada á la luz de una critica racional, en vez de castigar al reo para ejemplo de los demás, pone sobre su frente la laboriosa corona de los mártires. ¿Quién al leer el suplicio del malvado Damiens se acordará del asesinato de Luis XV? ¿Y quién sino la barbarie de la pena ha convertido en mártir al infame regicida?

¿De qué nacieron esos medios á que se apelaba en casi toda la Europa como recurso de prueba, para los cuales estaban prescritas ceremonias y fórmulas de oraciones conocidas con el nombre de *juicios de Dios*, y que no eran otra cosa mas que una preocupacion sacrilega!!

La critica pues es la reguladora de nuestra razon en el órden moral y en el civil; sin ella no puede haber legislación humanitaria, ni las costumbres, ni los usos, ni los afectos de hermandad que deben unir á los habitantes de un país y aun del globo, jamás podrían ser conservadoras de los elementos de moral y rectitud que son precisos para conseguir la felicidad del hombre; sin la critica ó no profesaríamos la verdadera religion, ó esta misma iria empañándose, y perdian dose con las preocupaciones y los errores: sin el exámen de los hechos, la razon humana seria como una nave que surge case la inmensidad del Oceano sin brújula y sin timon, que

se estrellaría al fin en el fanatismo ó en el escepticismo, esos Sócrates y Caribdis del alma: el hombre sería el mas degradado, el último de los seres.

Si se nos objeta por alguno que con el exámen, que con la duda, perdemos la verdad, nosotros responderemos que no llamamos duda al ambicioso anhelo de la negacion, y que si usando del exámen perdemos alguna vez la verdad, perseverando en la duda desprecupada, fria, amiga de la certidumbre, la recobramos y la fijamos para siempre en nuestra alma con indelebles caracteres.

M. DE GÓNGORA.

REVISTA DE PARIS.

Es cosa ya resuelta y decidida que los habitantes de la capital del imperio francés son mucho mas felices que los que vegetan en las dos naciones civilizadas del Mediodia, ó lo que es lo mismo, en España y Portugal: la prueba no puede ser mas palpable: la estación se ha adelantado en París y la primavera se presenta ataviada con sus mas lucidas galas en el Campo de Marte y en los Eliseos, al paso que en Madrid y en Lisboa, si no mienten noticias, las aguas de mayo, abundantes y benéficas, convidan con sus maravillosas propiedades á las cabezas de los calvos. En la capital ilustrada es otra cosa: no sólo se deben á la alegre primavera la blanca flor del almendro y los pantalones blancos de la Guardia nacional, sino también la resurreccion de los placeres campestres, la voz de los tenores de los cafés y la ligereza de los coreógrafos de los Circo y del Hipódromo. Hace dos semanas que París vive al aire, en los bosques y sobre todo en el campo; que busca los jardines, que respira el perfume de las flores.... la ciudad de las barricadas forma idilios.... la ciudad diplomática se despidió de los bailes oficiales, de los oropeles y de los diamantes; el brillo de éstos se oscurece por la accion de los rayos de un sol problemático. Pero si los salones se cierran, se abren las fondas, porque el suave ambiente primaveral incita al consumo y aguzza el apetito. Las invitaciones para banquetes fluyen por todas partes á guisa de circulares. Aquí se come para honrar el arte culinario; allá por conveniencia política, y al decir allá nos referimos á los festines legislativos, cuyos gastos corren por cuenta de la magnífica hospitalidad de M. Billault.

Pejemos á un lado el ruido de los cubiertos argentinos, y digamos cuatro palabras del baile de las mesas en alemán *Tischrücken* y en inglés *table moving*, fenómeno de electricidad, que opera de este modo: se colocan seis y á veces doce personas alrededor de una mesa, con las manos extendidas en actitud de evocar, y por poco fluido eléctrico que contengan sus dedos *diabolizados*, acontece que, trascurrido cierto tiempo, la mesa se mueve, se agita, corre, salta y aun se revoluciona, á voluntad del poder magnético. Al que niegue este hecho sobrenatural, prestando que no lo ha presenciado, ó que sus propios experimentos han salido fallidos, le constará una multitud de testigos oculares, y sobre todos uno, afirmando que cierta mesa ha obedecido al movimiento que se le ha ordenado de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si fuera un recluta, y que ha indicado la edad de uno de los espectadores, como pudiera hacerlo, levantando la pata, un perro sabio. Aunque la ciencia lo niegue y aunque los ignorantes lo pongan en duda, lo cierto es que el milagro se ha cumplido y que se renovará en todos los pueblos del mundo: á bien que en este mismo número ofrecemos un *fac-simile* de la mesa giratoria, para que nadie pueda alegar ignorancia.

Parece que un viejo tan malicioso como rico ha tenido en París un capricho singular: deseando atormentar, antes de cerrar el ojo, á los parientes colaterales que aspiran á su herencia, les ha ofrecido dejársela intacta, pero con una condicion que ha asustado á los mas intrépidos, á saber, que el que desee obtenerla se ha de sepultar vivo, por espacio de un año, en la bóveda donde se depositen los despojos mortales del rico pariente: veinte mil francos de renta son la recompensa de esta prueba ridícula de afecto. Añádesse que habiendo rehusado los deudos tan estraña proposicion, el viejo la ha hecho pública, prometiendo á quien la acepte mil escudos de renta, y que un cómico sin ajuste se ha apresurado á admitir el convenio. ¿Permitirá la autoridad que se cumpla? Esta anécdota que nos dan como ocurrida en París, está evidentemente traducida del inglés, ó si el tal viejo existe, es un plagiaro. En efecto, habrá cosa de diez años que un opulento gentleman presentó á sus conciudadanos la misma oferta, proponiéndoles además el goce anticipado del lúgubre domicilio, en el cual debían esperarle: un pobre diablo, sin saber lo que hacia, aceptó las condiciones y aquella horrible prision perpétua: tal vez estará en ella todavía.

Las demoliciones siguen su rápida carrera; á ese paso pronto se levantará otro París sobre el París antiguo: y aquí podemos decir como Horacio: «La gran ciudad no dejará en breve á sus habitantes la sombra de un arbusto.» En los mas bellos jardines nacen casas por la virtud del pico y del ladrillo que son las varas mágicas de la civilizacion moderna; la alineacion, por otra parte, destruye las mas frescas sombras de las calles y plazas: mas no por eso desamparan ciertos inquilinos sus amenazadas viviendas: esos inquilinos son los ratones sociales que se apegan á los escobros, y cuyo número asciende á muchos millones de cabezas. Al fin la destruccion de sus cuevas los obliga á emigrar en masa, y tienen que buscar fortuna en otra parte. Hé aquí la historia de todas las invasiones; pero esta no puede menos de causar serias inquietudes, porque al fin y al cabo los ratones sociales han de comer; y si la demolicion arruina su crédito, es preciso que roben ó estafen, ya que su divisa es no trabajar.

La clausura de los italianos y la apertura de la Esposicion en el palacio de *Menus-Plaisirs* son dos sucesos demasiado previstos para que nos detengamos á examinarlos. Dicen muchos que el Jurado de admision de cuadros se ha mostrado *ferozmente severo*, y que alguno de sus individuos ha inmolado, como Bruto, á sus propios hijos: otros, por el contrario, aseguran que ha hecho gala de una indulgencia paternal. Lo cierto de todo es que prodiga oficialmente grandes elogios á la mayor parte de los cuadros espuestos. Quiera el cielo que el arte no sufra desengaños.

Entre todas las tentativas que se han hecho para figurar

que el invierno ha huido y que la primavera no es un sueño, merece el primer puesto la esposicion de flores de la Sociedad de Horticultura de París en los Campos Eliseos: los premios han consistido en doce medallas de oro, y una de ellas se ha adjudicado al baron de Rothschild.

No bien ha terminado el *sport*, cuando vuelve á abrirse: en efecto, las carreras de caballos del Campo de Marte proseguirán en Chantilly, adonde se encaminan ya todos los miembros de los *jockey-clubs* de la capital. Se empeñan los aficionados en devolver al Hipódromo primaveral el brillo de sus antiguos tiempos, y habrá en él por espacio de seis meses el invariable ejército de amazonas, de locos, de monos y de caballos. En estos esfuerzos del hombre nunca se encuentra cosa nueva, y sean cuales fueren los lances de las carreras, al fin hay que contentarse con los pobres *jockeys franceses*, que ciertamente no pueden compararse con los desesperados *gentlemen* del otro lado del estrecho.

La obra mas notable, después de la que ha publicado Julio Janin sobre la literatura dramática, es *La Filleule* que Jorge Sand publica por folletines en el *Siglo*. Puede calificarse de obra maestra en su género. También ha empezado á ver la luz el *Poema de la Muger*, escrito por una muger de mucho talento, que inútilmente pretende guardar el incógnito, pues á despecho de su modestia, el público no tardará en adivinar su nombre en los magníficos versos que brotan de su pluma.

Se confirma la noticia de que se casa la señorita Magdalena Brochan; de modo que el teatro francés se ve espuesto á una pérdida sensible. ¡Pobre teatro! Está en desgracia ciertamente, porque huyen de él las buenas y los buenos actores; sus recuerdos deben destilar sangre, pues solo ha visto á la Volnys y á la Plesis por un dia. Otro contratiempo: una orden de las Tullerías pide al teatro francés la representacion de la *Camaraderie*; pero los artistas han olvidado esta pieza, á fuerza de no ejecutarla. Además el papel de *Cesarina* solo sienta bien á la Volnys, que lo ha creado, y desde que se marchó la señorita Anais, ninguna otra ha estudiado el de Zoe; de modo que S. M. tiene que esperar hasta que la señorita Agustina Brohan lo aprenda. No es esto solo, pues ha aparecido de pronto M. Scribe, cuya pieza habia rechazado el *Comité*, y que á su vez rechaza á la mencionada actriz. ¿Cómo se arreglará este asunto?

Hé aquí un resumen, poco rico en novedades, de los sucesos mas notables ocurridos durante la anterior semana en la capital del imperio. A ellos debemos añadir que Odry, el excelente Odry, ha fallecido, y que el *Diario de los Debates* ha publicado su biografía, que nada deja que desear.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAÍTULO IV.

La isla afortunada.

La emocion producida en la mesa redonda de la fonda del *Faisan* se habia esparcido al dia siguiente en la hermosa y buena ciudad de Tours: solo se hablaba del atrevido *currutaco* y de su increíble sangre fria; de modo que la audacia de que habia hecho alarde, así como la elegancia de su trage y la distincion de sus maneras, le habian conquistado las voluntades: el bello sexo, sobre todo, tan propenso á lo maravilloso, estaba enteramente de su parte.

Divulgóse por la poblacion la noticia de que el apuesto viajero, cuyo nombre todos ignoraban, debia montar á caballo á las doce para dirigirse al paseo, ó tal vez para acudir á alguna cita de desafio, y como puede colegirse, se formaron numerosos grupos enfrente de la puerta del *Faisan*: en efecto, á las doce en punto salieron de la fonda dos caballos, pero la curiosidad pública quedó burlada, porque ambos iban conducidos por un criado, que montaba uno de ellos. La indignacion y la cólera sucedieron al entusiasmo, y la multitud cerró el paso á los corceles, llegando al extremo de que unos cuantos calaveras intentasen forzar la puerta de la fonda y registrar esta desde el tejado hasta los cimientos. Querian ver al *currutaco*; pedian que se presentase; lo exigian á gritos; y por último, alborotaron tanto, que el ciudadano comisario, encargado del orden público, acudió al teatro de la bulla, figurándose que habia estallado un motin. Desembocó por la calle mas inmediata, seguido de un piquete de gendarmes, y los moderados de la bullanga desfilaron á derecha é izquierda; los impacientes y rabiosos, por el contrario, no hicieron caso de la fuerza armada, y prosiguieron ahullando á todo trapo para que se dejase ver y abrazar el viajero que era objeto de su ovacion. El comisario entonces les amonestó una, dos y tres veces, á fin de que se retirasen; mas convencido al fin de que se las habia con sordos, hizo una seña á los gendarmes y estos avanzaron á bayoneta calada. Los alborotadores comprendieron que el asunto iba de veras y desocuparon completamente la calle; los dos caballos siguieron libremente su camino, y el comisario, después de tomar varias declaraciones, despachó á París el correspondiente estraordinario para informar al gobierno de que su energía republicana habia sabido triunfar de las maquinaciones de los revoltosos.

Los dos caballos conducidos por el criado llegaron felizmente á orillas del Loira, donde el jóven viajero, causa inocente del alboroto popular de los buenos ciudadanos de Tours, se fastidiaba esperando á la sombra de una frondosa haya:

Tytre, tu patulae recubans sub tegmine fagi.

Verso magnífico y célebre del mantuano Virgilio, que nuestro *currutaco* traducía libremente de este modo: «Todos los demonios se han conjurado para hacerme morir de impaciencia bajo este espeso follaje.»

Francisco, que así se llamaba el criado, le refirió en cuatro palabras la escena tumultuosa ocurrida delante de la fonda, y su amo riéndose á carcajadas montó á caballo.

Su paso era corto é iba costeando la orilla del rio, que entre Tours y Saumur aparece salpicado de pintorescas islas, en otro tiempo muy frecuentadas por sus hermosos bosques. Nuestro ginete dirigía miradas escrutadoras á todos los grupos de islas que divisaba, hasta que, después de haber recorrido dos leguas y media, vió una mas grande que las anteriores, cubierta de alta y espesísima yerba, que formaba en sus lindes como una especie de cordón y se oponia á la

curiosidad de los indiscretos que desde la orilla del Loira intentasen penetrar sus misterios. El jóven se detuvo y miró hácia todas partes como buscando una barca que debia hallarse en aquel sitio; Francisco, que se habia adelantado á la descubierta, volvió y enteró á su amo de que la barca existia realmente, que estaba algo mas arriba, pero que era muy pequeña para que los dos caballos pudiesen pasar el rio á su bordo.

—Perfectamente, dijo el jóven; entraremos nosotros en ella y los caballos nadarán, llevados por nosotros á remolque.

Por nada se inquietaba nuestro jovial *currutaco*, y así habló con el barquero y le propuso su pensamiento.

—¡Misericordia! exclamó aquel hombre: solo he pasado asnos en mi barca y uno á uno....

El jóven espuso su sistema de navegacion, que fué aceptado: embarcóse en consecuencia con Francisco, y los dos caballos, á los cuales habian quitado las sillas, pasaron á nado el brazo de agua que separaba la tierra firme de la isla: llegados á esta, volvieron á montar el *currutaco* y su criado, y la barca se volvió á la orilla opuesta de Loira.

—¿Sin duda conoceis el camino? preguntó al jóven el honrado Francisco.

—Creo que sí, contestó su amo.

—Y supongo que el objeto de este paseo.....

—Todas las acciones humanas tienen un objeto, ciudadano sirviente.

—Es verdad; pero si tuviérais á bien explicarme....

—Esclavo emancipado, mortal dichoso, que gozas plenamente los derechos de hombre, ¿de qué te quejas?

Era evidente que el jóven queria disimular hasta el fin sus estraños proyectos.

Diez minutos después de haberse terminado este corto diálogo, divisaron una casa situada en la ladera que hacia frente á la orilla izquierda del rio, y tres barcas amarradas al tronco de un árbol. Un jardin rodeaba aquel pequeño edificio, y sobre la arena habia estendidas muchas redes, que se secaban al sol.

—Aquí debe ser, dijo el caballero á Francisco: apeate, dame la brida de tu caballo, y pide en esa casa asilo para un viajero.

—Me preguntarán quién sois, repuso Francisco.

—Tienes razon; anuncia al caballero Chateaufeuf, que toma aires para restablecer su salud.

—¡Ah! en efecto; ese es el nombre que se lee en vuestro pasaporte.

—Precisamente: procura además, esclavo emancipado, no perder el aplomo en tus respuestas, porque de lo contrario tus derechos de hombre no te libertarán de mis derechos de castigarte.

Conocia muy bien Francisco el carácter de su amo, y se apresuró á obedecerle: poco después volvió de la casa con un mozo de buena presencia en trage de pescador. Acercóse este al ciudadano Chateaufeuf, que permanecia á caballo, y le saludó con respeto, quitándose el sombrero de paja. El caballero le contestó con una ligera inclinacion de cabeza, silbando al mismo tiempo un aire de caza: en seguida se apeó, dejó su caballo á Francisco, y cojiendo del brazo al pescador, lo separó á un lado, y cuadrándose á su frente soltó una ruidosa carcajada.

—¡Ira de Dios! exclamó el mozo. ¿Vos aquí?... Pero...

—¿Cómo, es posible?...

—Parece, capitan, que no me esperabais, replicó el caballero. Pues bien, tanto peor, porque estoy aquí en cuerpo y alma.

—¿Sois vos efectivamente?... Se me figuraba un sueño... Mas ¿cual es vuestra intencion?

—¿Creeis que he venido para entregaros á la policia?

—Lejos de mí semejante idea, pues os conozco bien; pero ese disfraz....

—Favorece mucho para un viaje, capitan.

—¿Y ese viaje?....

—Este viaje... es la causa del disfraz.

—¿Qué carácter tan singular! Sois un ser inexplicable.

—Nada de eso, capitan; ya procuraré hacer que me comprendais. Decidme ahora si habitais solo esa casa.

—No, pero al presente estoy solo en ella; venid á descansar y á tomar alguna cosa.

—¿Tendreis aves, caza y huevos frescos, eh, capitan? Tal vez tratáreis de alimentarme de pescados, como si yo fuese un Iroques, y me hareis beber agua del rio á guisa de pato.

—Venid, venid, amigo Chateaufeuf, dijo el capitan llevando al caballero de la mano.

No nos detendremos á describir aquella vivienda de pescadores, semejante á todas las de su clase; pero pondremos en noticia del lector, por si lo ignora, que el mozo de quien hemos hecho mención era el mismo capitan Raimundo, que hace mucho tiempo se separó de nosotros. En cuanto al ciudadano Chateaufeuf, ó sea el aturdido *currutaco*, el perfil griego de su cara, sus grandes y rasgados ojos negros, su esbelto talle, su torneada pierna y su jovial petulancia deben habernos revelado ya su nombre. Era la encantadora Coraly.

¿Cómo y por qué habia emprendido un viaje peligroso? Ella lo explicará mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros.

El capitan, auxiliado por Francisco, colocó en una mesa las provisiones de la casa; una botella de excelente vino de Grave hacia perdonar la frugalidad del almuerzo. Los dos jóvenes querian hablar, y despidieron á Francisco, que fué á cuidar los caballos. Coraly, á la que seguiremos llamando el *currutaco* ó Chateaufeuf, le encargó que estuviese alerta y la avisase en caso de aparecer moros en la costa, pues tenia sus motivos para obrar así. Acto continuo preguntó á su amigo:

—¿Qué se ha hecho de Sultan?

—Se halla cerca de aquí, contestó el capitan, en una buena cuadra; pero se fastidia á fuerza de comer, y se desmoraliza con la ociosidad.

—Y vos ¿qué haceis en esta isla?

—Espero.

—Eso es muy vago. ¿Conspirais contra el Directorio ejecutivo?

—¿Con quién he de conspirar? ¿Con pescadores? El Directorio ejecutivo conspira bastante contra sí mismo, y no tardará en suicidarse.

—Eso mismo pienso yo; pero vamos á lo que interesa: estais aquí oculto y pueden descubrirnos, como os he descubierto yo. Toda la policía del Directorio anda á vuestros alcances, porque en París solo se habla de la próxima llegada de Bonaparte. Vos debéis tener acerca de esto buenos informes, que no me comunicaréis; sea en buen hora. Los directores estan en campaña y buscan la conspiracion por todas partes, siendo así que la tienen pegada al cuerpo, como la camisa: quieren por lo mismo prender á todos los agentes de Bonaparte, y vos sois el principalmente designado; y como se dice que habeis comprado una gran hacienda en Turana, os espian en este pais. Anoche cené en el *Faisan* con dos emisarios de Moulins y de Gohier; dos majaderos, uno de los cuales recibió de mis manos en la cara un plato lleno de crema: otro emisario, mas formal que los dos citados, tomó tambien parte en la cena, pero ignora á quien sirve, pues bien sabeis, capitán, que cada director tiene su policía particular. Los primeros espías de quienes he hablado, no son de temer; pero el hombre misterioso, con leviton gris y botones de acero, me parece muy sospechoso; ese picaro os busca, y estoy segura de que os descubrirá en esta isla. Con que ¿qué partido quereis tomar?

—Ante todo, hermosa Coraly, repuso el capitán, permitidme que os bese las manos: ya veo que habeis emprendido este viaje para salvarme.

—Precisamente; besad mis manos, capitán, porque son blancas; pero tomad un partido después de la explosion de vuestra gratitud.

—Está tomado: tengo motivos poderosos para permanecer aquí ocho ó diez dias. Si se empeñan en darme caza, levantaré la tapa de los sesos al primero que se atreva á tocarme. ¿No os parece buen plan?

—Esclente: os veo decidido á pasar dias de leche y de miel en esta isla afortunada.

—No hay remedio; por otra parte, ya veis mi trage... pues bien; presenciareis mis ocupaciones, y juzgareis de mis placeres.



Las cenas del Directorio.

—¿Y podré participar de ellos? preguntó Coraly con malicia.

—¡Ah, ciudadano Chateaufeu! respondió el capitán. ¿Qué es lo que me pedís? Aquí se come pan negro, se cultiva el campo, se espone el hombre á la intemperie y á los peligros del rio, porque la pesca es la primera obligacion y el principal recurso que tenemos...

—¿Y qué! Iremos á pescar. ¿Me juzgais medrosa, torpe ó tísica?

—Creo que teneis un corazon generoso y valiente; mas... no sé por qué tiemblo al veros á mi lado. No ignorais que hoy soy un proscrito.

—El mundo da sus vueltas, capitán; pero.. ¿qué traerá Francisco?

Este en efecto entraba á la sazón en la casa, y anunció que se sabían en la barca muchas personas, y que el batelero se disponia á conducirlos á la isla.

—¡Hola! dijo el ciudadano Chateaufeu: vamos, amigo pescador, preparar las pistolas y haceros á largo en una de esas tres embarcaciones que he visto al abordar.

—Eso no conviene, porque desde las dos orillas podrian enviarnos unas cuantas balas. En caso de alarma, montaré en pelo á Sultan y me pasearé tranquilamente por la isla.

—Tendremos de ese modo una escena de melodrama. Ea pues, partid, porque ha llegado el momento que yo ya saldré del paso como Dios me dé á entender.

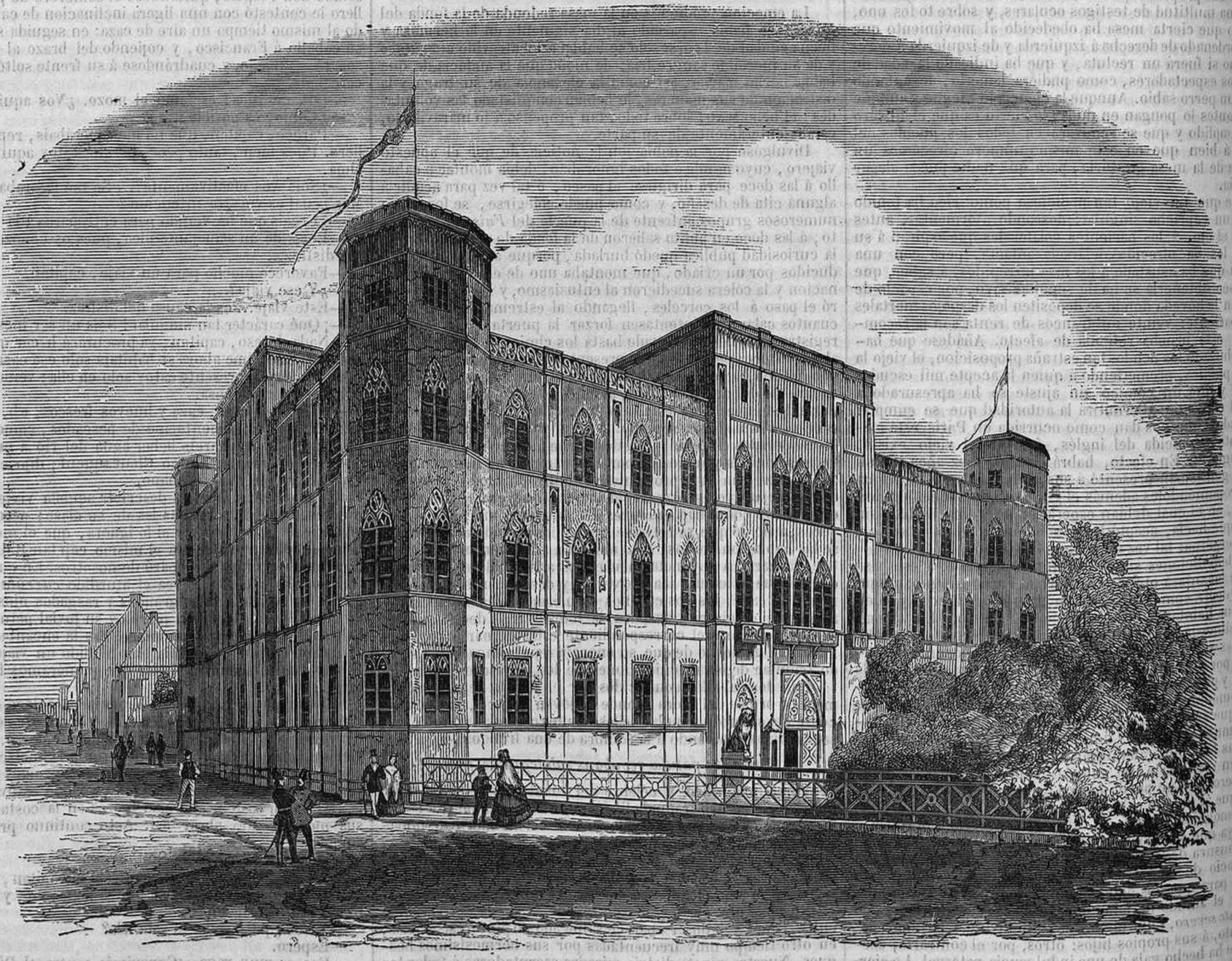
Tres minutos después el capitán Raimundo, provisto de un puñal y de pistolas, montaba á caballo, sin que Sultan ostentase mas arreos que la brida. El árabe se lanzó como un torbellino, y el ciudadano Chateaufeu se sentó en un banco de piedra del jardin, enfrente del rio y de modo que fuese visto por los que se dirigiesen á la vivienda de los pescadores. Francisco, por su parte, se dirigió á la cocina para almorzar á discrecion.

El honrado esclavo emancipado habia comprendido perfectamente la situacion al señalar un peligro. Muchas personas se habian apoderado de la barca, á fin de pasar á la isla, y ya podia reconocerse que tomaban la direccion de la casa. El *currutaco*, sentado imperturbablemente en el banco de piedra, sacó del bolsillo un antejo, y observó el punto que ocupaba el enemigo. Vió perfectamente cinco individuos, á saber, tres gendarmes y dos ciudadanos, parecidos el uno al tratante en caballos de la noche anterior, y el otro al buen mozo, cuyo rostro habia bañado de crema.

—Esto es providencial, exclamó riéndose: con tal que no siga sus pasos el hombre del leviton gris...

Un cuarto de hora después el grupo llegaba á la entrada del jardin y saludaba al ciudadano Chateaufeu, que permanecía sentado. Por fin tomó el cabo la palabra.

(Continuará.)



Palacio de Wittelsbach en Munich.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo 26.